#9

Documento de Trabajo del IPES

Estudios comparados

La calidad de las relaciones sociales en las grandes ciudades de América Latina: viejos y nuevos determinantes

Ruben Kaztman

Universidad Católica
DAMASO A. LARRAÑAGA • URUGUAY

IPES

♦La calidad de las relaciones sociales en las grandes ciudades de América Latina: viejos y nuevos determinantes*

Rúben Kaztman

♦ El presente artículo fue publicado en la revista Pensamiento Iberoamericano Número 1, segundo número del 2007.

* El autor desea agradecer la asistencia técnica de Alicia de León Bonilla. Mi especial gratitud a María José Álvarez quien ha hecho muy valiosos comentarios y sugerencias a una versión preliminar de este artículo y a Fernando Filgueira, de cuya pródiga y generosa creatividad se beneficiaron muchos de mis escritos. Todos los antes nombrados han contribuido a los aciertos de este trabajo —si alguno— pero a ninguno de sus desaciertos.

CDD 300
ISSN: 1510-5628

Serie Documentos de Trabajo del IPES / Colección Estudios Comparados Nº 9

Las naciones presentan diferentes niveles de desarrollo social, diferentes estructuras de oportunidades así como diversos grados y tipos de pobreza y exclusión. A su vez enfrentan estos desafíos de manera diversa. Esta serie pretende ofrecer panoramas comparados de desarrollo social y extraer lecciones de dichas comparaciones que permitan a la comunidad académica y a los tomadores de decisión conocer mejor las realidades nacionales, sus niveles relativos de desarrollo y las causas detrás de logros y problemas del desarrollo humano.

Programa IPES
Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Católica del Uruguay
Dep. Legal 326.861

© 2008, Universidad Católica del Uruguay
Para obtener la autorización para la reproducción o traducción total o parcial de este documento debe formularse la correspondiente solicitud a la Universidad Católica del Uruguay (IPES), solicitud que será bien acogida. No obstante, ciertos extractos breves de esta publicación pueden reproducirse sin autorización, con la condición de que se mencione la fuente.

"There is reason to suppose that
the great cities concentrate in
themselves the extremes of human
accomplishment and of human defeat."
Robert Merton (1964)

I. Introducción

El viejo problema de la integración social ha vuelto en los últimos años al centro de atención de las ciencias sociales en América Latina. Parte de esa centralidad puede ser efecto de las reverberaciones locales de la preocupación europea por la cohesión social y la prioridad que se le asigna en las agendas políticas del viejo continente. Pero, sin dejar de lado esa posibilidad, no hay duda de que la multiplicidad de signos de fragmentación de los tejidos sociales, que emergen principalmente en las grandes ciudades en América Latina, alimenta una inquietud creciente por el futuro de la región. Ahora bien, ¿cuáles son esos signos?. Entre otros, se señala que pese a la rápida erosión de los patrones tradicionales de dominación, éstos no están siendo sustituidos por patrones modernos desde donde elaborar proyectos colectivos creíbles; que las elites están desertando de las prestaciones públicas, privando de la eficacia de su "voz" a los esfuerzos por mantener y mejorar la calidad de esos espacios; que los altísimos índices de desigualdad que han distinguido desde siempre a los países de la región se mantienen y, en algunos países, se agudizan; que amplios sectores de trabajadores de baja calificación o con especializaciones obsoletas van quedando marginados del mercado laboral, mientras que otros sufren las penosas incertidumbres en cuanto a ingresos y protecciones que acompañan la creciente flexibilización de ese mercado; que se observa una baja confianza en las personas y en las instituciones[1] y que el clima de inseguridad pública n las grandes ciudades va en continuo aumento. Los escenarios nacionales, y muy particularmente el panorama urbano, aparece plagado de este tipo de fuerzas centrífugas, siendo difícil localizar en ellos el funcionamiento de mecanismos que alienten esperanzas de mayor cohesión e integración social.

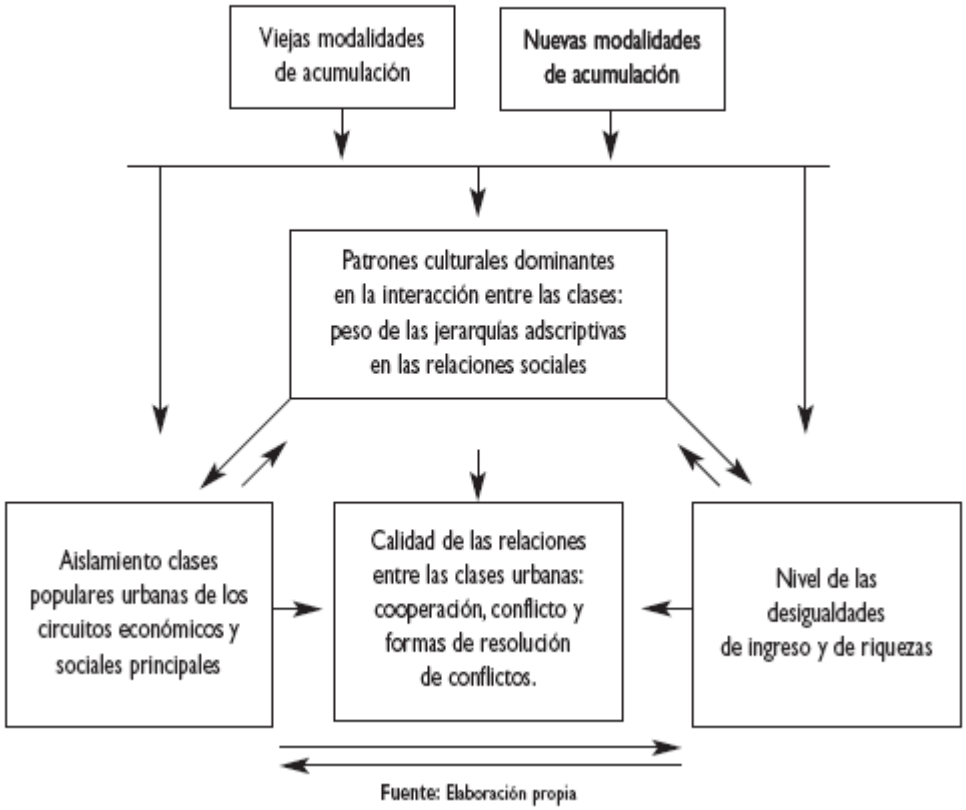
Estas notas buscan aportar a la discusión sobre la naturaleza y los determinantes de la fragmentación del tejido social en las grandes ciudades de América Latina. El diagrama 1 resume la interpretación de las diferencias en la calidad de las relaciones entre las clases sociales en las ciudades. Su lógica descansa en tres dimensiones de la estructura social: el nivel de las desigualdades de ingreso y riqueza, el grado de aislamiento físico y social entre las clases y el peso de las jerarquías adscriptivas en la definición del trato mutuo. Como trataré de mostrar más adelante, si bien estas dimensiones están estrechamente asociadas, las variaciones de cada una responden a causas distintas, tienen consecuencias distintas, y

[1] En el informe Latinobarómetro 2004 se presentan datos para 17 países de América Latina sobre los cambios entre 1996 y 2004 en cuanto al porcentaje de personas que responden que se puede confiar en la mayoría de las personas. Es interesante observar que solo 3 de los 17 países se nota un aumento de la confianza interpersonal tal como es medida por las respuestas a esa pregunta, mientras que en los 14 restantes los porcentajes se reducen. (Latinobarómetro 2004).

requieren de intervenciones precisas para modificar o neutralizar sus efectos, todo lo cual hace conveniente tratarlas por separado.

Diagrama 1

Esquema para interpretar diferencias nacionales en la calidad de las relaciones entre las clases sociales urbanas.



Fuente: Elaboración propia

Una vez establecida esa interpretación, el análisis incursiona en las tres puertas que, a nuestro entender, son las más prometedoras para iniciar la discusión sobre la calidad de las relaciones sociales en las ciudades, a saber, la naturaleza de los patrones culturales que dominan la interacción entre "los de arriba" y los de abajo", las desigualdades de ingreso y riqueza, y el grado de aislamiento físico y social entre las clases urbanas. Finalmente, se reflexiona sobre las articulaciones entre estos determinantes, así como sobre los nuevos desafíos que enfrenta la construcción de cohesión social en las ciudades.

II. Patrones culturales dominantes en las relaciones entre las clases urbanas: las matrices socioculturales nacionales y sus transformaciones.

1. Patrones culturales dominantes en las relaciones entre las clases urbanas

Seguidamente utilizo la noción de "patrones culturales dominantes en las relaciones entre las clases urbanas" para diferenciar sociedades según el grado en que la jerarquía o la igualdad operan como principios reguladores de las interacciones. Estos principios actúan en sustratos profundos de las actitudes de las personas, dando cuenta de su permanencia en

el tiempo. Se manifiestan en las miradas que las clases tienen de otras clases, en el carácter de los rituales de consideración y respeto entre miembros de clases distintas, así como en el mayor o menor cuestionamiento que hacen "los de abajo" a las pretensiones de superioridad social "de los de arriba". Conocer la naturaleza de estos patrones en cada sociedad facilita la comprensión del significado que dan las personas, tanto a sus posiciones relativas, a los cambios en esas posiciones, como a sus reacciones ante el trato que reciben de miembros de otras clases sociales.

Los patrones culturales con fuerte énfasis en las jerarquías pueden diferenciarse entre sí por el peso relativo de los status adscriptos y los status adquiridos[2]. Las sociedades tradicionales suelen definir rangos sociales basados en status adscriptos monopolizados por las elites y asociados al linaje, a títulos de nobleza y, en algunos casos, a orígenes étnicos o raciales. Esos patrones pueden dejar su sello en las sociedades modernas bajo la forma de jerarquías más o menos rígidas en las relaciones entre personas que se ubican a lo largo de dimensiones de status adquiridos2. Para interpretar las diferencias del tono de la sociabilidad en las ciudades de la región es relevante conocer las matrices socioculturales nacionales. En ese sentido, las observaciones antropológicas que permiten iluminar las especificidades de esos patrones culturales tienen una riqueza heurística. Sin embargo, la excesiva recurrencia a ellas hace evidente la ausencia de un marco analítico que permita clasificar los países en términos de aspectos centrales de sus matrices socioculturales. Las reflexiones siguientes pretenden ser un modesto aporte en esa dirección.

2. Explorando la naturaleza de las matrices socioculturales nacionales y de sus transformaciones.

La noción de matrices socioculturales nacionales es un intento de capturar y de dar visibilidad a algunas dimensiones de la historia económica, política y cultural de los países que resultan relevantes para entender el funcionamiento actual de sus estructuras sociales. Su atractivo es heurístico en dos sentidos. Por un lado, porque coloca como objetivo analítico la identificación de esas dimensiones. Por otro, porque focaliza la atención en un hueco en la actual literatura comparada sobre América Latina: la necesidad de contar con una tipología que ordene los países de acuerdo a criterios relevantes para entender el funcionamiento de sus estructuras sociales. La naturaleza de las matrices socioculturales nacionales de las sociedades latinoamericanas refleja en mayor o menor medida las huellas de, al menos, tres periodos de la historia de estos países, cada uno de las cuales marcó las características de las instituciones y estructuras sociales nacionales: el pasado colonial, el periodo de industrialización, y las nuevas modalidades de acumulación ligadas a la "ampliación de las fronteras de competitividad". La estructura productiva de las sociedades

[2] Fuera de los resultados de estudios etnográficos, tengo la impresión que existe muy poca información que nos permita clasificar a los países latinoamericanos de acuerdo al peso relativo de las jerarquías adscriptas en las relaciones entre sus habitantes. Y, sin embargo, el conocimiento de los patrones culturales que regulan el contenido de las relaciones entre las clases parece ser clave para entender diferentes reacciones ante situaciones de desigualdad y de pobreza. Por ejemplo, la atribución de sentimientos de "deprivación relativa" puede tener sentido en algunas situaciones de pobreza y no en otras, dependiendo de la legitimidad de los patrones tradicionales de dominación.

coloniales imprimió un sello particular a cada país, y generó aptitudes más o menos favorables para aprovechar los cambios de dirección en coyunturas específicas de la economía internacional.

Una de esas coyunturas fue la que se abrió con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial. Bajo esas circunstancias, algunos países pusieron en marcha, o acentuaron, procesos de industrialización en base a la sustitución de productos que antes se importaban, lo que contribuyó a transformar aspectos centrales de sus matrices sociales anteriores. Otros países, en cambio, no aprovecharon esa coyuntura. Unos y otros se enfrentarían mas tarde a los desafíos de la globalización con matrices socioculturales marcadamente distintas. En muchas sociedades de la región, el nivel de las desigualdades de ingreso está enraizado en el tipo de distribución de la riqueza que se conformó durante su período colonial. Esa distribución fue extremadamente desigual en aquellos países que combinaron la utilización de abundante mano de obra nativa o esclava con gobiernos que distribuyeron entre las elites grandes extensiones de tierra agrícola y minera y que, mediante sistemas como la "encomienda" y la "mita", también asignaron derechos sobre la explotación de la mano de obra nativa (Ferranti, Perry, Ferreira y Walton, 2004 p. 110).

Tales fueron, arquetípicamente, los casos de Bolivia, Ecuador, Perú, Guatemala y México con respecto a la población originaria de esas tierras. También Brasil y los países de Caribe con respecto a la fuerza de trabajo esclava, la que en1825 comprendía el 55% de la población brasileña (Engerman y Sokoloff, 1977). En todos esos países la producción se basó en estrategias intensivas en mano de obra, organizada en haciendas y plantaciones y dominadas por lógicas coercitivas o semi-coercitivas de trabajo.

Bajo esas condiciones, pequeñas elites lograron diseñar y consolidar patrones de dominación que les permitieron proteger sus privilegios de los vientos de la modernidad y la democracia. En otros casos, típicamente Argentina y Uruguay, se combinó una alta concentración de la tierra con una población nativa que, si bien en algunos territorios de esos países fue escasa y dispersa, en otros fue aniquilada por su resistencia al dominio de los conquistadores. El desarrollo de la ganadería extensiva con baja intensidad de mano de obra contribuyó a la expulsión de la población del campo activandoprocesos de urbanización temprana. A su vez, la homogeneidad en la composición racial y étnica de la población y el peso de la emigración europea de principios del siglo XX generaron en las ciudades condiciones propicias para que la universalización de los derechos civiles, políticos y sociales fuera más rápida que en los países mencionados en el párrafo anterior. Las cifras del cuadro 1 ayudan a visualizar las raíces de las actuales estructuras sociales de algunos países latinoamericanos. Se trata de datos sobre los principales productos de exportación, el peso relativo de los afro descendientes e indígenas en la población total, y de los analfabetos en la población de 15 años y más. Estas cifras nos aproximan a caracterizar sociedades que, por su dotación en activos físicos y en recursos humanos, resultaban más o menos proclives al establecimiento de extensos enclaves mineros o agrícolas[3].

[3] Los datos sobre analfabetismo, además de brindar información importante acerca de la amplitud de la estratificación social, también dan pistas sobre el avance de los derechos políticos de los sectores populares, por cuanto en países como Bolivia, Chile, Perú y Brasil el derecho al voto de los analfabetos recién fue

Cuadro 1
Países seleccionados de América Latina:
principales productos de exportación, analfabetismo y origen racial y étnico de la población, a fines del siglo XX.

País	Principales productos de exportación. Año 1900*	Analfabet. (% 15 y más) Año 1900	% Afro-descendientes (circa 2000)	% Indígenas (circa 2000)
Bolivia	Plata (39)/Estaño (27)	81.5	02.0	71.0
Perú	Azúcar (25)/Plata (18)	75.7	09.7	47.0
México	Plata (44)/Cobre (8)	75.6	00.5	14.0
Venezuela	Café (43)/Cacao (20)	72.2	10.0	00.9
Colombia	Café (49)/Oro (20)	66.0	25.0	01.8
Brasil	Café (57)/Caucho (20)	65.3	44.7	00.4
C. Rica	Café (60)/Banano (31)	64.4	02.0	00.8
Chile	Nitrato (65)/Cobre (14)	56.5	—	08.0
Argentina	Lana (24)/Trigo (19)	48.7	—	01.0
Uruguay	Lana (29)/Curtidos (28)	40.6	05.9	00.4

*Entre paréntesis figura la proporción frente al total exportado f.o.b.. El signo — significa que no se reporta información para analfabetismo a inicios del siglo XX o para origen étnico o racial, a fines del siglo XX
Fuente: Para origen racial y étnico: Ferranti y otros, 2004; Para analfabetismo y productos principales de exportación: Thorp. 1998
Nota: el cuadro incluye datos sobre origen racial y étnico para el año 2000 para América Latina y Estados Unidos excepto: afrodescendientes para el año 1992 en Bolivia, Guatemala, Paraguay, Perú y Venezuela; 1990 para Ecuador y Panamá; 1995 para Nicaragua y 2001 para Canadá. Población indígena para Canadá 1999. Los datos refieren a Colombia 2001, Honduras 1999 y Uruguay 1997. Para los países del Caribe del cuadro (Cuba, Haití y Rep. Dominicana), los datos sobre afro-descendientes corresponden a 1992 y los referidos a la población indígena son de 1999. (Ferranti y otros, 2004)

Sin duda el flujo de ideas de modernización y democratización desde los países más desarrollados fue erosionando los patrones de dominación patrimonialistas de raíz colonial. Pero la profundidad de ese proceso varió mucho según los países y dependió, entre otros factores, del peso político de las elites modernizantes y del peso económico de las estructuras productivas en las que se apoyaban esas elites. Durante la segunda guerra mundial, pero especialmente en la posguerra, dos transformaciones tienen fuerte impacto en las estructuras sociales de las grandes ciudades: la industrialización por sustitución de importaciones y su mayor o menor correspondencia en el tiempo con los procesos de urbanización. En efecto, con localizaciones en el tiempo, ritmos y formas distintas, todos los países de la región experimentaron en la primera mitad del siglo XX desplazamientos masivos de población desde áreas rurales y pueblos pequeños a las ciudades. En gran medida, los efectos de esos desplazamientos sobre las transformaciones en la estructura social de las ciudades dependieron tanto de su intensidad como del nivel de "suficiencia dinámica" de cada economía urbana en cuanto a su capacidad de absorción de empleo. Allí donde el ritmo de industrialización fue intenso, tanto los antiguos residentes urbanos como los que arribaban a las ciudades tuvieron posibilidades de encontrar, en las fábricas y en las agrupaciones sindicales emergentes, espacios aptos para la acción colectiva y para la adquisición y ejercicio efectivo de derechos ciudadanos. Las reivindicaciones de los obreros industriales y los avances en la solución negociada de los conflictos fabriles se extendieron a otras actividades urbanas. El traslado progresivo de la solución de

instituido en los años 1952, 1972, 1979 y 1987, respectivamente. En cambio, Argentina, Colombia, Costa Rica, México y Uruguay establecieron ese derecho alrededor de 1920 (Sokoloff, K.L., 2003).

controversias entre patrones y empleados, desde decisiones que en el pasado tomaban los primeros en forma discrecional, a la sujeción de ambos actores a normas adoptadas de común acuerdo entre las organizaciones que los representaban, resultó clave para acelerar la modernización y la democratización de las sociedades. A lo largo de estos procesos se modificaron los marcos de referencia desde donde los sectores populares urbanos evaluarían más tarde los efectos sobre sus vidas de las olas de cambio impulsadas por la apertura económica y por el desarrollo tecnológico.

Tomando sólo un conjunto reducido de países de la región, los datos del cuadro 2 buscan diferenciar entre países según su grado de industrialización. Para ello se presenta alguna evidencia sobre su situación a mediados del siglo pasado en cuanto al peso relativo de la población urbana, de la PEA industrial, de los asalariados en la industria, de los asalariados industriales en la PEA y de la pobreza urbana.

Cuadro 2
Algunos países de América Latina a mediados del siglo XX: urbanización, industrialización y pobreza

País	% población Urbana (1950)	% PEA en la industria (1950)	% PEA asalariada en industria (1950)	% asalariados en la industria en la PEA total (1950)	% hogares urbanos pobres (1970)
Bolivia	33.9	08.2	47.0	03.8	—
Perú	35.3*	14.9*	54.2*	08.1*	28.0
México	36.2	12.2	73.1	08.9	20.0
Venezuela	53.7	11.2	69.1	07.7	20.0
Colombia	42.7	12.5	67.8	08.5	38.0
Brasil	36.5	12.9	85.2	11.0	35.0
C. Rica	33.5	11.2	73.4	08.2	15.0
Chile	60.7	19.4	69.7	13.5	12.0
Argentina	62.5	25.3	78.0	19.7	05.0
Uruguay	78.0*	21.7*	72.3*	15.7	10.0

*No se levantaron censos en 1950. Estimaciones por interpoblación entre 1960 y censos anteriores a 1950
Fuentes: Altimir, 1979. Kaztman, 1984

Como se desprende del cuadro, en el marco regional, Argentina, Chile, Uruguay y, en menor medida, Brasil, pueden considerarse como "industrializadores tempranos". Las cifras de pobreza urbana de los tres primeros países en 1970 ya evidencian los beneficios del desarrollo industrial. En cambio, las cifras de pobreza de Brasil denuncian que los beneficios del progreso técnico que acompañaron su desarrollo industrial se derramaron sobre una porción muy reducida de la población de sus ciudades, reflejando la dualidad de la estructura social urbana que caracterizaría a este país. La industrialización se acompañó de una extensión de las protecciones sociales. Para dar una idea de las diferencias entre las sociedades consideradas con respecto a la extensión de esas protecciones, el cuadro 3 presenta algunos indicadores sobre la cobertura de las jubilaciones y pensiones en las áreas urbanas para el año 1997[4]. Sin ignorar que estamos captando sólo una de las dimensiones

[4] A los efectos del argumento presentado hubiera sido preferible contar con datos más cercanos a

de los regímenes nacionales de bienestar y que, por ende, las cifras solo permiten una gruesa aproximación a sus características, del cuadro 3 se desprende que los países que lograron construir una arquitectura de protecciones mas sólida y más igualitaria para la tercera edad fueron aquellos donde la industrialización fue más intensa[5]. Sin embargo, como lo ilustra bien el caso de Costa Rica, las elites modernizantes también pueden promover avances sólidos en las arquitecturas de bienestar apoyándose en otros tipos de transformaciones en la estructura productiva, como lo fueron en ese país la cooperativización de la producción y distribución del café, el desarrollo tecnológico en la agricultura y el fortalecimiento de los "forward" and backward linkages" en la economía nacional[6].

Cuadro 3

Países seleccionados de América Latina: porcentaje de población urbana de 60 años y más con distintos niveles de educación que percibe jubilación o pensión, según edades, cocientes de cobertura y valor medio de las prestaciones, 1997

País	% 65 años y más con jubilación o pensión	% 60 años y más con jubilación o pensión	Cociente entre porcentajes de jubilados y pensionados de alta y baja educación**	Cociente entre ingresos medios de jubilados y pensionados de alta y baja educación***
Bolivia	27.0	26.0	3.0	2.4
México	26.0	23.0	2.3	2.8
Venezuela*	13.0	11.0	3.4	2.4
Colombia	20.0	20.0	2.4	2.1
Brasil	68.0	62.0	1.2	5.7
C. Rica	42,0	40.0	2.3	2.9
Chile	70.0	61.0	1.0	2.7
Argentina	77.0	67.0	1.1	2.3
Uruguay	89.0	81.0	0.9	2.5

*Corresponde al total nacional;
**Se refiere al cociente entre la cobertura de jubilaciones y pensiones de personas de 60 años y más, con mas de 10 y con 0 a 5 años de educación.
***Se refiere al cociente entre los valores medios de las jubilaciones y pensiones de personas de 60 años y más con más de 10 y con 0 a 5 años de educación.
Fuente: Elaboración propia en base a Panorama Social de América Latina. CEPAL, 1999-2000

---

los años 60. Pero los disponibles para esas fechas tienen dos desventajas. Primero, refieren a cotizantes relevados en los registros administrativos de cada país, los que suelen ser pobres predictores de lo que la cobertura de jubilaciones o pensiones después de los 65 años. Segundo, no permiten observar las diferencias de cobertura entre calificados y no calificados, diferencias que asumen más y más importancia frente a los actuales problemas de exclusión social. Es por ello que se utilizaron datos más recientes de las encuestas de hogares que descansan sobre una buena muestra de los países de la región.

[5] El caso de Brasil se destaca en este escenario como un ejemplo notable de lo que Filgueira (1998) llamó "universalismo estratificado", en el que a una alta cobertura de prestaciones para todos los estratos sociales urbanos, se asocian grandes diferencias en los valores promedios de los ingresos por jubilación entre los más educados y los menos educados.

[6] Mi impresión es que, entre otras cosas, estas diferencias en cuanto a la base estructural en la cual descansaron las elites para llevar adelante sus proyectos de modernización posiblemente ayuden a comprender las diferentes secuencias que siguió la extensión de la cobertura de protecciones en Argentina, Uruguay y Costa Rica (Carmelo M- Lago, 1985). Cabe subrayar que en 1960, la industria generaba un cuarto del producto bruto interno en los dos primeros países, mientras que en Costa Rica era el 12.5%.

A fines de la década del 70, y con diferente ritmo e intensidad, todos los países de América Latina ampliaron sus fronteras comerciales, productivas y financieras. Junto a la liberalización del comercio exterior y de los mercados financieros y para facilitar la inserción en el nuevo mundo globalizado, se privatizaron empresas públicas, se desregularon mercados laborales, se reformaron sistemas impositivos y se ejerció un mayor control que en el pasado sobre las cuentas fiscales. Las estructuras productivas y las arquitecturas de bienestar preexistentes, así como las formas en que se articulaban ciudadanía, partidos, grupos de interés y Estado en cada país, amortiguaron en unos casos, y potenciaron en otros, el ritmo y la extensión de esas transformaciones y sus efectos sobre las condiciones de vida de la población (Kitschelt, Lange, Marks y Stephens, 1999)[7].

La globalización modificó los principales circuitos económicos, sociales y culturales dentro de cuyos límites operan las actividades que la sociedad considera deseables, legítimas y, al menos teóricamente, asequibles a las grandes mayorías, y desde donde se difunden los modelos de funcionamiento personal compatibles con la participación en esos circuitos. Por un lado, sus límites se plegaron "hacia arriba", en correspondencia con los estilos y condiciones de vida de los ganadores en las nuevas modalidades de acumulación. Por otro, la crisis del mundo del trabajo generó barreras al ingreso al "empleo decente" que afectaron particularmente a los trabajadores de bajas calificaciones, aumentando su vulnerabilidad a la exclusión social. Como veremos a continuación, el crecimiento paralelo del aislamiento social de los pobres en las ciudades redujo sus posibilidades y debilitó la voluntad de construir proyectos de progreso personal y familiar.

III. El nivel de las desigualdades y sus posibles efectos en la calidad de las relaciones sociales.

1. Desigualdades en la distribución del ingreso.

Aún cuando se mantiene una amplia discusión acerca del papel que jugaron las transformaciones sintetizadas más arriba en los cambios en las estructuras sociales urbanas, no hay desacuerdos sobre el carácter excepcional, a escala mundial, de los niveles de concentración del ingreso en la región y de su persistencia en el tiempo.

[7] Bernardo Sorj afirma que, en contraste con la experiencia de los países de la OECD, frente a los desafíos de la globalización "América Latina no poseyó en principio un modelo social a preservar" (Sorj, 2007). Sin desconocer que en general esto fue así, tomando en consideración lo señalado anteriormente con respecto a las circunstancias en que los países de la región se urbanizaron y se industrializaron parecería conveniente moderar esa afirmación. Una de las razones para ello es que, a diferencia de aquellas sociedades latinoamericanas cuyas economías se vieron sólo ligeramente afectadas por los procesos de sustitución de importaciones, la mayoría de los países que lograron potenciar sus industrias en ese período pudieron montar sistemas de bienestar que, aunque incompletos y estratificados, beneficiaron a segmentos de la población urbana numéricamente importantes. De ahí, parece razonable
asumir que los segmentos que se beneficiaron, incorporaron esas conquistas no sólo como parte del marco de referencia de sus reivindicaciones, sino también como parámetros desde los cuales evaluar las ventajas y desventajas de las situaciones a que los iba enfrentado el funcionamiento de las nuevas modalidades de acumulación.

Son numerosos los estudios comparativos que han subrayado esas características singulares de los países latinoamericanos. La mayoría señala las enormes diferencias entre ellos y otras grandes regiones del mundo en cuanto a la proporción del ingreso nacional de la que se apropian los más ricos y los más pobres. Aunque el promedio suele ser más bajo, no resultan inusuales cocientes —como los que en el año 2000 exhibían Brasil, Colombia y Guatemala— que revelan ingresos del último decil 50 veces más altos que los del primer decil (Ferranti, Perry, Ferreira y Walton, (2004) p.2). El cuadro 4 presenta cifras alrededor del 2006 sobre el índice GINI y el porcentaje de hogares bajo la línea de pobreza, para las áreas urbanas de algunos países de la región.

Cuadro 4:

Nueve países de América Latina: índice Gini de concentración del ingreso y porcentaje de hogares por debajo de la línea de pobreza en áreas urbanas, circa 2006

Paises	Gini urbano	% de hogares urbanos pobres
Brasil	0.604	32.8
Colombia	0.587	45.4
Bolivia	0.554	53.8
Chile	0.547	18.5
Argentina	0.526	26.0
México	0.497	32.2
Venezuela*	0.490	37.1
Costa Rica	0.459	20.0
Uruguay	0.452	18.8

*Valores a nivel nacional.
Fuente: CEPAL, 2006.

Las desigualdades de ingreso en los centros urbanos tienden a hacer metástasis en el cuerpo social, lo que afecta los mecanismos de distribución de poder y prestigio, la trama institucional y sus pautas de funcionamiento, todo lo cual favorece la preservación de las disparidades de riqueza y su reproducción de una generación a la siguiente.

2. Desigualdades adscriptas y adquiridas

La información existente parece indicar que el nivel de las desigualdades de ingreso se ha mantenido relativamente estable en los países de la región (ver CEPAL 2006 y Ferranti, Perry, Ferreira y Walton, 2004). Sin embargo, habida cuenta que con la ampliación de las fronteras de competitividad y la difusión del progreso tecnológico creció el papel del conocimiento en la organización de las economías regionales, cabe suponer que también aumentó la significación de la educación en la distribución del ingreso y que lo contrario ocurrió con el peso de los status adscriptos. Ello no necesariamente implica una renovación

en la composición social de las elites, puesto que es muy probable que largos segmentos de ellas hayan tenido éxito en sustituir o complementar sus bases adscriptas por bases adquiridas.

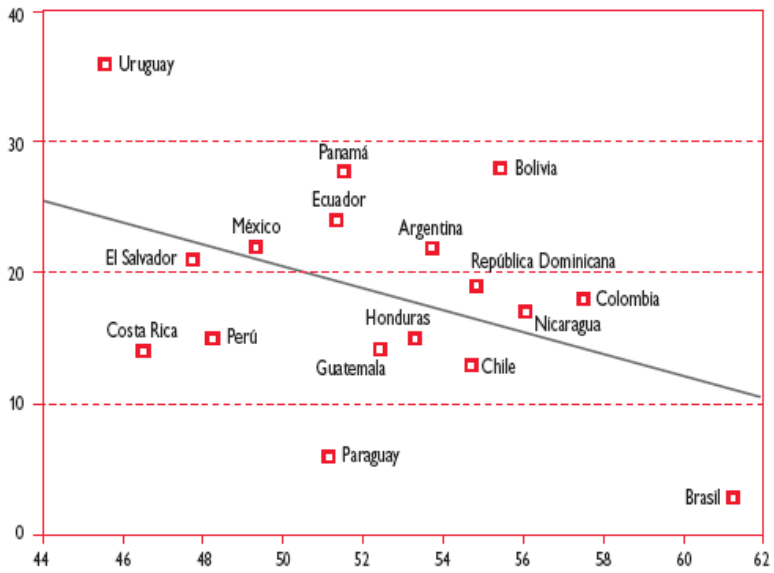
Si bien la universalización de los criterios de acceso a las fuentes de activos contribuye a reducir los efectos negativos de las desigualdades sobre la calidad de las relaciones sociales, hay al menos dos razones por las cuales no suele ser suficiente. La primera es la mencionada en el párrafo anterior. La inercia de los patrones de dominación tradicional suele manifestarse en una distribución diferencial del capital social, y mediante él, en el control del acceso a los recursos de mayor calidad, de manera que status adquiridos de nivel teórico similar (un título profesional, por ejemplo) suelen estar asociados a réditos muy distintos dependiendo de recursos que tienen origen en legados familiares. La segunda es que, aún cuando efectivamente se produce una real universalización de las condiciones de acceso a las fuentes de activos, si persisten altos niveles de desigualdad los efectos sobre el tejido social seguirán siendo disruptivos, porque las desigualdades en sí mismas, independientemente de su origen y naturaleza, producen esos efectos[8].

3. Reflexiones sobre los efectos de las desigualdades sobre la calidad de las relaciones sociales.

No hay duda que tanto una alta frecuencia de acciones violentas —y en su forma extrema de homicidios— como una alta desconfianza interpersonal, denuncian una mala calidad en las relaciones sociales. Numerosos trabajos encuentran relaciones robustas a nivel agregado entre las desigualdades de ingreso y tasas de violencia y homicidios (Ver Hsieh and Pugh, 1993; Alan Wood, 2006; Fajnsylber, Lederman and Loayza, 2002) y entre las desigualdades de ingreso y la confianza interpersonal (Ver Putnam, 2000 y Kawachi et all, 1997. En el gráfico 1 se presenta esta última relación para 17 países latinoamericanos.

[8] Pensar de otra manera es como suponer, como bien lo expresa Wilkinson (2005), que el mantenimiento de los niveles existentes de desempleo perdería su impacto negativo sobre la vida de la gente y sobre el tejido social si se maximizara la posibilidad de sustituir un desempleado por otro. Otro aspecto del pasaje de la desigualdad adscriptiva a la desigualdad adquirida es que las determinaciones estructurales de la desigualdad resultan mucho más claras en el primer caso que en el segundo. Una consecuencia de ello es que allí donde se universaliza el acceso a las fuentes de activos, las personas tienden a culpar de sus fracasos menos a la estructura quea sus propias incapacidades.

Gráfico 1
17 países latinoamericanos: relación entre desigualdades de ingreso y confianza interpersonal, 2002



Indice de Gini urbano 2002 // CEPAL 2005

Aunque estas asociaciones están lejos de demostrar la existencia de una relación causal, las evidencias son lo suficientemente sistemáticas como para estimular una exploración de las conexiones entre desigualdades, violencia y confianza. Adam Smith ya nos da una clave para iniciar esa exploración en su "The Wealth of Nations", cuando afirma que las personas definen sus necesidades como aquello que según las costumbres locales se considera esencial para una vida digna y cuya no satisfacción provoca vergüenza. Parece razonable pensar que cuanto mayor la desigualdad de los ingresos mayores serán las dificultades para que los de abajo alcancen los umbrales de dignidad de los que hablaba Smith, y que ellas se potenciarán cuando más alto el énfasis en consumo y la visibilidad de los estilos de vida de los de arriba. En ese escenario, los más pobres libran una batalla continua por preservar una autoestima que su bajo rango social deja expuesta en múltiples flancos. De ahí la alta sensibilidad a la mirada de los demás, a todo lo que tenga que ver con respeto y consideración y pueda afectar su orgullo y dignidad. Los trabajos etnográficos sobre el tema están llenos de anécdotas donde las miradas son disparadoras de violencia (Kessler, 2004).

Por otra parte, cuando la posesión de objetos se convierte en una señal externa importante del valor de los sujetos así como del lugar que ocupan en la sociedad, resulta menos extraña la similaridad de comportamientos en adolescentes de estratos bajos en distintas ciudades, por ejemplo, el robo con violencia para obtener zapatillas y ropas de marca. En cuanto a la desigualdad económica y la desconfianza social, la exploración de las conexiones debe hacerse por un camino indirecto porque, como veremos en el siguiente acápite, el vínculo principal parece darse mediante el impacto de la desigualdad económica en el aislamiento tanto entre las clases urbanas, como dentro de cada uno de ellas. Elisa P. Reis (1995),

elaborando sobre el seminal trabajo de Banfield (1958), aduce que altos niveles de desigualdad producen una suerte de "familismo amoral"[9], donde los preceptos de igualdad y bien común se aplican solamente a un núcleo inmediato de allegados, atomizando toda categoría moral universal sobre la que descansa en definitiva la noción misma de ciudadanía. Tal como señala Reis, refiriéndose a las grandes masas latinoamericanas, este familismo amoral tiende a estrechar los espacios de lo público y lo comunitario y hace que rara vez los individuos definan formas de identidad colectiva con base en lo "cívico y lo universal" (Filgueira, 2006).

IV. El aislamiento de las clases sociales en las ciudades: debilitamiento de los lazos con el mundo del trabajo, segmentaciones y segregaciones.

Desde Durkheim, el mundo del trabajo ha sido considerado como el ámbito privilegiado de producción de "solidaridad orgánica", que se va construyendo con la negociación ordenada de los intereses en conflicto y la conquista progresiva de derechos asociados al trabajo. En ámbitos de trabajo estable se constituyen organizaciones gremiales y sistemas de relaciones laborales y en el funcionamiento fluido de esas instituciones es donde el desarrollo de la solidaridad orgánica encuentra campo fértil. Bajo el impulso de la desindustrialización, del achicamiento del Estado, así como de la acelerada incorporación de innovaciones tecnológicas en actividades diversas, disminuyó la proporción de ocupaciones protegidas y estables, y aumentaron las disparidades entre los ingresos y las tasas de desempleo y subempleo de trabajadores de alta y baja calificación. Pero también se redujeron las tasas de afiliación sindical y se debilitaron las organizaciones laborales. Si bien estos cambios afectaron a toda la población, la incertidumbre laboral asociada a la barreras de acceso que planteaban los nuevos requerimientos de acceso a los trabajos protegidos y estables se hizo más patente entre los trabajadores de baja calificación.

En un trabajo comparativo realizado en cuatro ciudades de América Latina (Buenos Aires, México, Montevideo y Santiago de Chile) el autor pudo corroborar estas tendencias. En efecto, en la última década del siglo pasado en esas ciudades crecieron los diferenciales entre las oportunidades laborales, los ingresos y la calidad de los trabajos accesibles a personas con distintos niveles de calificación (Kaztman, 2002). Roberts y Portes, 2005) concluyen también que en la última década del siglo pasado, con excepción de Montevideo, en las restantes ciudades se produjo un incremento del porcentaje de trabajadores no cubiertos por la seguridad social y/o otras formas de protección social. En la gran mayoría de las grandes ciudades, los hogares con características socioeconómicas, étnicas, raciales, o nacionales similares se aglomeran en determinados vecindarios. La estructura productiva urbana, las políticas de ordenamiento territorial y vivienda y las matrices socioculturales nacionales afectan la intensidad con que se manifiesta esa tendencia. Entre "los de arriba", la búsqueda de confort, status y seguridad puede promover la convivencia entre pares en zonas exclusivas. Fuertes climas de inseguridad favorecen la proliferación de barrios cerrados, cuyo crecimiento es evidente en muchas de las grandes ciudades de la región.

[9] Ya en los años 50, Banfield (1958) había logrado mediante un estudio de caso en la localidad italiana de Montenegro establecer la semilla de lo que hoy muchos denominan capital social.

Además de las diferencias en la capacidad de consumo, como se infiere de los ejemplos siguientes abundan entre "los de abajo" las circunstancias que favorecen un relativo aislamiento espacial con otras clases. En ciudades marcadas por las diferencias de clase, la población de menores recursos suele preferir espacios en los que el despliegue abierto de sus hábitos y costumbres nos los expone a la estigmatización y a miradas devaluadoras de otras clases, y donde les resulta más fácil expresar su espontaneidad y mostrarse ante sus iguales como ingeniosos, atractivos y divertidos (Charlesworth, 2000). También es frecuente que las minorías étnicas, raciales, o de inmigrantes muestren preferencia por residir en las zonas donde viven sus pares, atraídos por la fluidez de la sociabilidad, por la comunidad de tradiciones culturales y estilos de vida, y por la posibilidad de integrarse a redes que funcionan como fuentes importantes de capital social para su inserción en el mercado laboral. Una tercera motivación es la de estar próximo a los lugares de trabajo y la de ser vecino de sus compañeros de faenas. Este ha sido el caso de los barrios obreros, sobre los que volveremos más adelante. Pero también el aislamiento de los pobres urbanos del resto de la ciudad se asocia crecientemente a fenómenos de exclusión social, cuya expresión arquetípica son los guetos urbanos. La globalización trajo novedades en este campo. La confluencia de la elevación de los umbrales de calificación para el acceso a las ocupaciones estables y protegidas y la liberalización del mercado inmobiliario produjo ganadores y perdedores. Los trabajadores con calificación insuficiente y/o especializaciones obsoletas, se enfrentaron con problemas para pagar sus alquileres, para conseguir avales para los contratos de arrendamiento o para obtener créditos para la adquisición de vivienda, lo que en algunos casos se agravó con el repliegue de la intervención del Estado en el mercado habitacional. Estas circunstancias favorecieron migraciones intraurbanas hacia barrios donde el suelo era más barato o en los cuales existía la posibilidad de ocupación de terrenos. De este modo, las diferentes trayectorias de ganadores y perdedores alimentaron las brechas en la calidad y en la estabilidad de los empleos, pero también acentuaron el aislamiento físico entre las clases urbanas
(Kaztman y Retamoso, 2005)[10].

Cabe subrayar entonces que nuestro interés no se dirige a cualquier tipo de segregación residencial, sino a aquel cuya dinámica refleja, por un lado, las características de los ganadores y perdedores con las nuevas modalidades de acumulación y por otro, los cambios que ello trae aparejado en la calidad de las relaciones entre ellos.

1. Los barrios de la nueva pobreza

Para describir las características de los barrios de la nueva pobreza es conveniente comenzar distinguiéndolos de al menos otros dos tipos de vecindarios pobres urbanos: la de los inmigrantes que llegan a las ciudades provenientes de otras zonas del país y la de los barrios obreros.

[10] La medida en que las desigualdades de empleoe ingresos se reflejaron en el territorio urbano no fue uniforme en los países de la región. Las ciudades que no fueron marcadas por la experiencia de industrialización siempre mostraron altos niveles de segregación espacial. Como además esas ciudades exhibían una proporción pequeña de clases medias bajas, la magnitud de la migración intraurbana generada por las nuevas condiciones de trabajo no llegó a alterar las dimensiones de la segregación espacial ya existente.

a) Barrios de inmigrantes recientes

Con posterioridad a la segunda guerra mundial, el crecimiento de estos barrios se alimentó de población de origen rural o de poblados pequeños que en su gran mayoría se estableció en las periferias de las grandes ciudades. Hay varios aspectos de la composición de esos barrios que los diferencian de la de los pobres en los actuales guetos urbanos de la región. Primero, tanto por su menor costo como por la oportunidad de estar cerca de familiares o amigos ya establecidos en esas zonas, muchos de los inmigrantes eligieron voluntariamente residir en las riberas de las ciudades. Segundo, la mayoría fue atraída por la posibilidad de mejorar sus condiciones de vida, entre otras cosas, por el acceso a servicios inexistentes en el lugar de origen. Tercero, la coetanidad de procesos de industrialización y urbanización favorecieron el desarrollo de expectativas razonables de mejoramiento sostenido. En suma, la comparación del presente con el pasado daba pie para generar un clima de optimismo y confianza en el progreso entre los inmigrantes. Tanto para los propios actores como para la mayoría de los analistas de estos procesos, el pasaje por los cordones urbanos fue percibido básicamente como una etapa intermedia en el proceso de asimilación a las ciudades[11].

b) Barrios obreros tradicionales

Esta categoría se refiere a vecindarios en los cuales una importante porción de los residentes comparten experiencias de trabajo en establecimientos industriales, mineros, en firmas vinculadas al transporte, etc. Muchas ciudades en América Latina han experimentado la formación de barrios con esa configuración alrededor de astilleros, frigoríficos, fábricas, talleres de ferrocarriles, etc. Una características distintiva de estos barrios era una conciencia de clase que enraizada en la experiencia de trabajo se robustecía con la sociabilidad del vecindario[12].

---

[11] Sin duda esta rápida caracterización no hace justicia a la variedad de situaciones asociadas a los asentamientos urbanos de migrantes rurales en los distintos países de la región. A fines de la década de 1960 hubo una extensa y rica discusión sobre estos temas en la que participaron, entre otros, Roger Vekemans, José Nun, Fernando Enrique Cardoso, Aníbal Quijano y Gino Germani. Un buen resumen de la polémica generada en torno a la naturaleza de esos fenómenos desde distintas perspectivas se encuentra en un número totalmente dedicado al tema de la marginalidad urbana de la Revista Latinoamericana de Sociología, 1969, Vol. No.2 Resulta interesante observar que esta situación no es muy diferente a la que surge de los análisis de los procesos de traslados masivos de población rural a las ciudades de Estados Unidos en los años veinte (tendencias similares también se mencionan con respecto a la historia de los países europeos después de la segunda guerra. Ver Esping-Andersen, 1999). Algunos estudios ya argumentaban que los problemas sociales que afectaban a aquellos que se instalaban en los barrios mas pobres de la ciudad obedecían a circunstancias temporales que se irían desvaneciendo en el camino al progreso (Park, 1926). Pero aún las descripciones de las situaciones de los guetos urbanos altamente segregados en los años cincuenta en Estados Unidos difieren radicalmente de las actuales en el sentido que una gran mayoría de la mano de obra no calificada tenía trabajo y este constituía una experiencia central en sus vidas. La segregación residencial actual, en cambio, se presenta en un contexto de una fuerte declinación de las oportunidades ocupacionales para los trabajadores no calificados y de sus remuneraciones relativas (Ver Wilson, 1997).

[12] Un estudio realizado en Chile alrededor de 1960 permite examinar algunas de las formas en que las características del mundo laboral y de la comunidad de residencia se refuerzan mutuamente. La población estudiada en este caso fueron los mineros de la industria carbonífera de Lota, una zona aislada y económicamente deprimida, y los obreros de la industria del acero en Huachipato. (Di Tella, T., y otros, 1966).

A esa robustez contribuían varios factores. Primero, la estabilidad de la inserción en un mismo ámbito de trabajo y el tamaño de los establecimientos[13]. Segundo, la vigencia de utopías que resaltaban la importancia del trabajo en la construcción de una nueva sociedad, más rica, más equitativa y más integrada.

Tercero, la experiencia de conquistas laborales y sociales mediante el esfuerzo colectivo. Cuarto, la pertenencia a organizaciones laborales importantes y fuertes y quinto, la esperanza en un progreso motorizado por la dinámica industrial. Las actitudes y valores que emergían de la experiencia laboral aportaron a la formación de los patrones que regulaban la convivencia en los barrios obreros, a la vez que la sociabilidad vecinal y la participación en las instituciones comunales realimentaban esas actitudes y esos valores.

c) Los barrios de la nueva pobreza

Estos barrios son producto de procesos de segregación residencial que en América Latina operan-fundamentalmente a partir de los ochenta. El contexto de la ciudad muestra importantes diferencias con aquellos que caracterizaron la constitución de los dos tipos antes mencionados. Lo que prima en ese contexto son experiencias de desindustrialización y de achicamiento del Estado —dos de las fuentes más importantes de empleo urbano no precario—, de acelerada disminución de las oportunidades laborales para trabajadores no calificados o con especializaciones obsoletas, y de una rápida elevación de los umbrales de calificación requeridos para la incorporación al mercado. En, vez de la atracción de la ciudad, lo que prima es la expulsión hacia la periferia. En vez de hogares estimulados por las nuevas oportunidades de trabajo y progreso, crece la población desalentada y con pocas esperanzas de inserción estable en la estructura productiva. A diferencia de los inmigrantes que contrastaban favorablemente su situación presente con la pasada, muchos de los actuales pobres urbanos obtienen resultados negativos de esa comparación, particularmente en las ciudades que experimentaron una industrialización temprana. Es allí donde se observa una mayor resistencia de los pobres a la desafiliación social, a renunciar al ejercicio pleno de derechos sociales ya conquistados y a la participación en los estilos de vida predominantes en la ciudad.

Aún a riesgo de simplificar gruesamente estos procesos, mi impresión es que la concentración espacial históricamente inédita de personas con aspiraciones propias de la vida urbana, pero con graves privaciones materiales y escasas esperanzas de alcanzar logros significativos mediante el trabajo, favorece la germinación de los elementos más disruptivos de la pobreza. Los hogares que cuentan con recursos para alejarse de esos vecindarios lo harán, por lo que la interacción estará crecientemente limitada a vecinos cuyas habilidades, hábitos y estilos de vida están más asociados al fracaso que al éxito, y cuyas redes se mostrarán ineficaces para proporcionar contactos o información relevante sobre empleos y oportunidades de capacitación. La misma inestabilidad laboral y de ingresos dificulta la creación y mantenimiento de instituciones locales que puedan ejercer

[13] En su investigación sobre la Internacional Typographical Union, Lipset, S.M., Trow, M y Coleman, J. (1962), encuentran que el tamaño de los establecimientos tiene que ver con la generación de relaciones de amistad, las que a su vez comprometen un rango amplio de valores, actitudes y actividades fuera del contexto donde se originó la interacción.

ciertos controles informales básicos. Los niños y jóvenes carecen de exposición y de contactos con modelos de rol, esto es, con personas que se mueven bien en los circuitos sociales y económicos principales de la ciudad.

Un rasgo explosivo de esta situación es que paralelo al avance de los procesos de debilitamiento de los vínculos con el mercado de trabajo, de las segmentaciones en los servicios y segregaciones en el espacio, las fuentes de producción y reproducción de aspiraciones no han dejado de funcionar. Crece la cobertura de la educación y de los medios de comunicación, mientras la globalización expone a las grandes mayorías a discursos que subrayan la legitimidad del acceso a derechos sociales cuyo ejercicio efectivo la experiencia cotidiana se encarga de negar. Todo ello transforma a los barrios de la nueva pobreza urbana en focos territoriales de anomia, cuya presencia contribuye fuertemente a la erosión de la calidad de las relaciones sociales en las ciudades.

d) Retroalimentaciones

El establecimiento de barrios con las características recién señaladas activa mecanismos de reproducción ampliada del aislamiento social. Basta mencionar tres bien conocidos: I) Sus habitantes, especialmente los jóvenes, suelen ser víctimas de la llamada "discriminación estadística", por la cual algunos empleadores rechazan sus postulaciones de trabajo cuando conocen su lugar de residencia; II) los hogares pueden desertan a otros barrios, lo que priva al vecindario de potenciales modelos de rol, de personas que tienen "voz", que pueden oficiar de transmisores de los patrones normativos de la sociedad global y que pueden proporcionar contactos e informaciones útiles para la obtención de empleos y/o acceso a servicios y III) los de afuera evitan esos vecindarios, lo que reduce la frecuencia de contactos con amistades y familiares que viven en otras áreas de la ciudad (Zaffaroni, C. 1999). Las subculturas de los barrios de la nueva pobreza urbana condensan una acumulación de respuestas a una serie de experiencias colectivas cuyo núcleo es el reconocimiento de penurias compartidas, de las barreras a la inclusión social y de la necesidad de encontrar bases comunes para construir o reconstituir autoestimas severamente dañadas por la experiencia de exclusión. Para muchos el trabajo ha dejado de ser el referente central para la organización de la vida cotidiana, para la incorporación de disciplinas y regularidades y para la articulación de expectativas y escalonamiento de metas. A la vez, el progresivo aislamiento hace más difusas las señales (cuando las hay) que desde la sociedad global plantean caminos accesibles a personas de baja calificación para alcanzar condiciones dignas de vida. Todo ello aumenta la permeabilidad de los pobres urbanos a estructuras ilegítimas de oportunidades de acceso a las esquivas metas de consumo, mientras que el aislamiento social inhibe la eficacia de intervenciones dirigidas a contrarrestar esas predisposiciones invocando las normas y valores modales de la sociedad.

Posibles efectos de la residencia en barrios de nueva pobreza sobre comportamientos y expectativas.

En una revisión exhaustiva de la literatura estadounidense acerca de los efectos de los vecindarios sobre una serie de comportamientos considerados de riesgo, Christopher Jencks y Susan Mayer encontraron abundante evidencia en torno a las consecuencias de contextos barriales segregados y homogéneamente pobres sobre el rendimiento educativo, conductas adictivas y delictuales así como su incidencia en la maternidad adolescente (Jencks y Mayer, 1989). En América Latina, los estudios sobre los efectos de la segregación residencial urbana en las expectativas y comportamientos de las personas que residen en barrios de composición social homogénea son muy escasos. Las pocas investigaciones que existen nos informan sobre el "efecto vecindario" en logros educativos, desempleo y calidad de los trabajos, y maternidad adolescente.

Los estudios sobre segregación espacial y empleo son descriptivos. Tienden a mostrar que los residentes de los barrios homogéneamente pobres tienen más problemas de empleo por problemas de "mismatch" entre lugares de trabajo y residencia, por la escasez de oportunidades de empleo en los mismos vecindarios y también por falta de información y contactos que faciliten la búsqueda y la obtención de trabajos (Gómez S. y Amitrano C., 2005). Otro estudio realizado en Montevideo, corrobora la existencia de asociaciones positivas entre el nivel de homogeneidad en la composición social de los barrios pobres y tasas de desempleo, proporciones de la PEA dedicada a actividades informales y sin protecciones, y también en las proporciones de jóvenes que no trabajan, pero que tampoco estudian ni buscan empleo (Kaztman R., Retamoso, A. 2005).

Una serie de trabajos muestran asociaciones significativas entre las características de los barrios y comportamientos de riesgo de niños y adolescentes que alimentan los mecanismos de reproducción intergeneracional de la pobreza y las desigualdades en las ciudades. Tal es el caso de los efectos de los vecindarios sobre los comportamientos reproductivos adolescentes (Rodríguez, 2006; Kaztman 1997, 1999; Sabatini, F, Caceres y Cerda, 2002). Otra serie de investigaciones analiza las consecuencias de la residencia en determinados barrios sobre distintos tipos de variables relacionados con el rendimiento escolar, tales como evaluaciones de rendimientos de aprendizaje, tasas de deserción adolescente, extra edad, años promedios de estudio completados, etc. (Para Santiago de Chile, Flores, C. 2006 y Sabatini, Cáceres y Cerda, 2002. Para Ciudad de Mexico, Solis, P. 2007; para Rio de Janeiro, Queiroz Ribeiro, 2007; Para Buenos Aires, Suárez y Groissman, 2007. Para Montevideo, Kaztman y Retamoso, 2007) Finalmente, otros trabajos analizan la relación entre características sociales del vecindario y promedios de jóvenes sin afiliación institucional, que no estudian, no trabajan ni buscan trabajo (Sabatini, Cáceres y Cerda, 2002 y Kaztman, 1999). El componente de riesgo de todos los comportamientos mencionados radica en su capacidad para operar como barreras para la acumulación, mediante el mercado, la sociedad y el Estado, de los activos que se requieren para una integración plena en la sociedad.

e) ¿Y las clases medias y altas?

Los estratos urbanos de mayor nivel socioeconómico siempre se distinguieron por su capacidad para preservar la legitimidad de sus pretensiones de superioridad social mediante el control de los códigos de acceso a nichos exclusivos de productos de consumo material o inmaterial. Su aptitud para diferenciar y apreciar objetos de acceso limitado (pinturas, libros, música, quesos, vinos, lugares de veraneo, etc.) es autoevaluada como un reflejo de refinamientos intelectuales, sutilezas y sensibilidades que se desarrollan en grupos cerrados

y que fuera de ellos se adquieren difícilmente. Para mantener las distancias sociales estos grupos se ven obligados a una búsqueda constante de nuevos nichos de exclusividad. Estos intentos de distanciamiento social se ven reforzados por el hecho que en la actualidad, las desigualdades en la distribución del ingreso se acompañan más y más de una ampliación de la oferta de servicios privados así como de un aumento de los diferenciales de calidad entre éstos y los públicos. Ello implica una creciente deserción de "los de arriba" —la "salida" de Hirschman— de los servicios y espacios públicos y una acentuación de su agregación geográfica en el espacio urbano. Filgueira (2006) afirma al respecto "Así, a lo que crecientemente asistimos es a un círculo vicioso en donde los sectores menos pudientes quedan entrampados en bienes públicos de decreciente calidad, al tiempo que surgen una multiplicidad de opciones estratificadas para los otros consumidores."

Guillermo O´Donnell (1999) también ha señalado como alternativa plausible una "salida" completa de los bienes públicos. "Muchos ricos optan por la salida: viviendo en guetos fortificados, enviando a sus hijos a escuelas protegidas en que sólo van a conocer niños como ellos, mudando sus oficinas fuera del centro u otras áreas peligrosas, desconfiando de la policía con frecuencia corrupta e ineficiente y contratando guardias privados, y construyendo en una sociedad transnacional más que en la sociedad nacional, el marco de referencia por excelencia de sus actividades" Los efectos sobre el tejido social de las ciudades de estos procesos pueden ser leídos en varias claves. Desde la perspectiva de este documento me interesa destacar tres de ellas. La primera es el reforzamiento de las tendencias hacia la desigualdad social. Todos estos procesos apuntan a un aumento de la concentración en el acceso a fuentes de activos en capital humano y en capital social, concentración que ciertamente se traducirá en algún momento en diferencias en el tipo de inserción en los mercados y en los ingresos. Una segunda clave tiene que ver con los efectos que tiene sobre "los de abajo" la reducción de oportunidades de interacción, de sociabilidad informal y de construcción de códigos comunes con personas de otros estratos.

Una tercera clave tiene que ver con los cambios en estructuras actitudinales profundas de los sectores medios y altos urbanos. Uno de ellos es el umbral de tolerancia a las desigualdades a partir del cual las clases medias se movilizan para reducirlas, ya sea mediante apoyos electorales a actores políticos comprometidos con la equidad, a la promoción de iniciativas privadas dirigidas a proteger a los más débiles y a mantener la calidad de los servicios de cobertura universal, o a la disposición a pagar impuestos para apuntalar medidas redistributivas[14]. La aversión a la desigualdad descansa en la capacidad de empatía de los más aventajados con respecto a los que tienen menos y en sentimientos de obligación moral hacia ellos.

[14] Ciertamente la contribución de las clases medias y altas al mantenimiento de los espacios públicos que posibilitan la interacción interclase no descansa solamente en su nivel de aversión a la desigualdad. También puede intervenir el temor a las externalidades que suelen acompañar el deterioro de la calidad de vida de las mayorías y de los servicios públicos a los que acuden. Las externalidades se refieren a la inestabilidad política, al descenso de la legitimidad de las instituciones, —y a la consecuente dificultad de las elites para movilizar la voluntad colectiva en apoyo a proyectos de cambio— y, cada vez más, a las consecuencias de la inseguridad pública sobre la calidad general de las condiciones de vida.

Estos contenidos mentales se debilitan cuando no se renuevan periódicamente por medio de contactos informales entre personas de distinta condición socioeconómica, y se refuerzan con la intensidad y frecuencia de la interacción. En las ciudades, el ámbito público (el transporte, las plazas, las escuelas y hospitales, las canchas de fútbol, los bares, las playas, los espectáculos masivos, las calles, etc.) suele ser el espacio privilegiado de esos encuentros. Al reducir esos espacios, tanto la segregación residencial como la segmentación en los servicios erosionan la base estructural de la capacidad de empatía, del reconocimiento del otro, con sus virtudes y carencias, y de los sentimientos de obligación moral hacia ellos, todo lo cual incide, a su vez, en los niveles de tolerancia a la desigualdad.

Niveles altos de empatía y umbrales bajos de tolerancia a la desigualdad también operan como mecanismos de autocontrol en el consumo de las clases medias y altas, especialmente de aquellos consumos que establecen distancias irritantes y fácilmente visibles con las otras clases. Sin embargo, para las clases medias y altas, esos controles entran en conflicto con las expectativas que genera la exposición —inevitable en los procesos de globalización— a los estilos de vida de sus pares en los países desarrollados. En la medida que los recursos requeridos para satisfacer las nuevas aspiraciones de consumo compiten con aquellos que exige la satisfacción de las demandas de los pobres, el distanciamiento entre los patrones de consumo de las clases se acompañará de una pérdida del interés de los de arriba por la situación y el destino de los de abajo[15].

En cualquiera de las grandes ciudades, la salud de los mecanismos de solidaridad social no suele ser afectada de manera significativa por la deserción de un pequeño sector rico de la sociedad que, por lo demás, siempre ha recurrido a alternativas privadas de provisión de servicios. En cambio, las rupturas en el tejido social urbano se hacen visibles y significativas allí donde una masa importante de las clases medias deserta de los servicios públicos.

V. Rearmando el ovillo

Hemos analizado las diferencias en la calidad de las relaciones sociales en las grandes ciudades considerando aspectos centrales de sus matrices socioculturales nacionales, de sus niveles de desigualdad económica y de los procesos de segmentación y segregación residencial urbana. Si bien estos tres factores están estrechamente relacionados entre sí, se mostró como cada uno de ellos aporta ingredientes distintos a nuestra comprensión de la calidad de las relaciones sociales en las ciudades. Las matrices socioculturales nacionales nos dan pistas acerca del peso de las jerarquías en las relaciones entre las clases, del mayor o menor éxito de los de arriba en la defensa de sus privilegios adscriptos y en sus intentos de preservar la legitimidad de sus pretensiones de superioridad social, así como del grado de cuestionamiento de esas pretensiones por parte de los de abajo.

Los niveles de desigualdad económica nos informan acerca de la posible extensión de los sentimientos de deprivación relativa, de la sensibilidad a las diferencias de status y a las

[15] Los países de poco tamaño y del alta homogeneidad cultural crean ámbitos de cercanías que tienden a inhibir el despegue de las elites, en la medida que la comunidad tiene una mayor capacidad para sancionar a los que se apartan demasiado de los hábitos y estilos de vida de las mayorías.

miradas de los otros, de los umbrales a partir de los cuales se reconoce a quienes participan o no en los circuitos principales de la sociedad. A su vez, los niveles de segmentación en los servicios y de segregación residencial cristalizan las desigualdades. Su conocimiento nos ilumina acerca de las oportunidades de interacción entre miembros de distintas clases, de participación en espacios donde compartir códigos, de desarrollo de capacidades de empatía con otros distintos y de reconocimiento de una comunidad de problemas, destinos y referentes colectivos. Las segmentaciones y segregaciones favorecen la sustitución del conocimiento de los méritos intrínsecos del "otro" por estereotipos y estigmas que descansan en unas pocas características visibles de los sujetos. La distribución del "capital social" se hace más concentrada, en la medida que las personas que movilizan recursos no redundantes participan en circuitos cada vez más aislados del resto de la población. Se estrechan los ámbitos de reciprocidad y solidaridad y se debilitan los sentimientos de obligación moral de "los de arriba". En suma, los mecanismos que se activan con las segmentaciones y las segregaciones en las ciudades convierten a estos procesos en dimensiones críticas para entender los cambios en la calidad de las relaciones entre las clases urbanas. El estudio de las diferencias en los niveles de "solidaridad orgánica" en las grandes ciudades latinoamericanas, y de los determinantes de esos niveles, todavía está en pañales. Sabemos poco acerca de las diferencias en la calidad de las relaciones sociales en distintas urbes, y menos aún sobre los determinantes de esas diferencias. La investigación de estos temas hasta el momento ha descansado básicamente en dos aspectos. Por un lado, descripciones etnográficas y anecdóticas acerca de diferencias en la naturaleza y calidad de las relaciones sociales en distintas sociedades. Por otro, análisis agregados de indicadores de violencia provenientes de registros administrativos o de "proxis" del capital social comunitario provenientes de encuestas generales de opiniones sobre confianza interpersonal e institucional. El primer tipo de estudio puede ser una fuente heurística muy útil para dar los primeros pasos en el desarrollo de indicadores comparables, pero hasta el momento sus resultados no se han utilizado en la región con ese propósito. Las encuestas generales de opinión, a su vez, padecen de una serie de limitaciones para el análisis en este campo. Una de ellas es que las opiniones son altamente dependientes de las coyunturas y no permiten llegar a los sustratos actitudinales profundos y más estables desde los cuales es posible mejorar nuestras predicciones de comportamientos[16]. Otra limitación deriva de que las muestras de esas encuestas tienden a ser representativas a nivel nacional, con tamaños de muestra (y diseños de formularios) que no permiten vincular las opiniones a categorías sociales o a actores sociales específicos.

Sin duda el conocimiento sobre la naturaleza y los determinantes de las diferencias en cuanto a la mayor o menor disposición hacia la cooperación, o la mayor o menor disposición a recurrir a la violencia o a la negociación en situaciones de conflicto, se beneficiaría mucho de investigaciones comparadas de ciudades seleccionadas en base a las características diferenciales de sus patrones socioculturales, sus niveles de desigualdad económica y la segmentación de servicios y de la localización de los hogares.

Con Fernando Filgueira compartimos la impresión de que el escaso análisis y conocimiento de las características de estos procesos claves para entender el presente y proyectar el futuro

[16] Lo que si suelen hacer, por ejemplo, las escalas de autoritarismo, de distancias sociales o de anomia, que construyeron Adorno, Bogardus y Srole respectivamente.

de las grandes ciudades de la región, se debe en gran parte a que ellos se desarrollan lentamente. Su análisis, por tanto, iría de algún modo a contramarcha del énfasis actual de las ciencias sociales sobre lo visible, lo mensurable y sobre los encadenamientos causales que se manifiestan en períodos relativamente cortos, aspectos sobre los cuales ha alertado Paul Pierson (2005). La lentitud con que se despliegan y se muestran plenamente sus impactos no se presta a ser detectada por el radar un tanto miope de una ciencia cada vez más exigida a dar explicaciones apresuradas, de fenómenos rápidos y visibles al ojo desnudo (Kaztman, Filgueira, 2006). Ciertamente, tampoco es propicia la ausencia de un bagaje teórico que los vincule con efectos y de categorías conceptuales que los tipifiquen, y de medidas y estándares que permitan registrar su naturaleza y, muy especialmente, sus cambios.

Referencias bibliográficas

Altimir, O (1979). La dimensión de la pobreza en América Latina. Cuadernos de la CEPAL Nº 27. CEPAL, Santiago de Chile.

Banfield, E. (1958). The moral basis of a backguard society. The Free Press, New York.

Carmelo M. Lago (1985). El desarrollo de la Seguridad Social en América Latina. Estudios e Informes de la CEPAL Nº 43. CEPAL, Santiago de Chile.

CEPAL (2001). Panorama Social de América Latina 1999-2000. CEOAL, Santiago de Chile.

CEPAL (2006). Panorama Social de América Latina 2005, Santiago de Chile.

Charlesworth, (2000). A Phenomenology of working class experience. Cambridge University Press. Cambridge.

Di Tella, T. Brams L., Reynaud J.D. y Touraine A. (1967). Etudes sur la conscience ouvriere dans deux enteprises chiliennes. París: Centre National de la Recherche Scientifique.

Engerman y Sokoloff, (1977). «Factor endowments, institutions and differential paths of growth among new world economies" en Sthephen Haber (ed.) How Latin America fell behind. Stanford University Press, Stanford, California.

Esping-Andersen G. (1999). Social Foundations of Post Industrial Economies. Oxford University Press. Oxford.

Fajnzylber P.,Lederman D. Loayza N. (2002), Inequality and Violent Crime, Journal of Law and Economics. The University of Chicago Press.

Ferranti D., Perry G.E., Ferreira F. y Walton M. (2004) Inequality in Latin America: breaking with history? The World Bank. Washington D.C.

Filgueira, F (2006) Las metas del milenio y sus enemigos: estados superficiales y desigualdades profundas. Informe Final CLACSO. Buenos Aires.

Filgueira, Fernando (1998), “El nuevo modelo de prestaciones sociales en América Latina: residualismo, eficiencia y ciudadanía estratificada” en Bryan Roberts (ed) Ciudad y Política. FLACSO/SSRC. San José de Costa Rica).

Flores, C. (2007) “Segregación Residencial y Resultados Educacionales en la ciudad de Santiago- Chile” en Kaztman, R. Queiroz Ribeiro L. (eds) Territorio y educación en grandes ciudades latinoamerianas (en prensa).

Gómez S. y Amitrano C. (2005) “Local da moradia na metropole e vulnerabilidade ao (emprego e) desemprego” en Marques E., Torres H., (org.)

Sao Paulo: segregacao, pobreza e desigualdade sociais SENAC. Sao Paulo.

Groissman F. y Suarez A. L (2007) “Segregación residencial y logros educativos en Argentina” en Kaztman, R. Queiroz Ribeiro L. (eds) Territorio y educación en grandes ciudades latinoamericanas (en prensa).

Hsieh, C.C. and Pugh, M.D. (1993) Poverty, income inequality and violent crime; a meta analysis of recent aggregate data studies, Criminal Justice Review 18:182-202.

Jencks, Ch. y S. Mayer (1990): “The social consequences of growing up in a poor neighborhood”, en L. Lynn y M. McGeary (comps.), Inner City Poverty in the United States, Washington, D.C., National Academy Press. Kawachi I. et all, (1997) “Social capital, Income Inequality and morality” American Journal of Public Health.

Kaztman, R. (1984) Las transformaciones sectoriales del empleo en America Latina, Revista de la CEPAL Nº 24. Santiago de Chile.

Kaztman, R. (1999). “El Vecindario Importa”, Capítulo IV en Kaztman, R. (coord.) Activos y Estructuras de Oportunidades. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay. CEPAL, Montevideo.

Kaztman, R. (2002) “Convergencias y divergencias: exploración sobre los efectos de las nuevas modalidades de crecimiento sobre la estructura social de cuatro áreas metropolitanas de América Latina” en Kaztman, R. y Wormald, G. (eds) Trabajo y Ciudadanía: los cambiantes rostros de la integración y de la exclusión social en cuatro áreas metropolitanas de América Latina. Ed. Cebra. Montevideo, Uruguay.

Kaztman, R. y Retamoso A., (2005) “Segregación espacial, empleo y pobreza en Montevideo”. Revista de la CEPAL Nº 85. Santiago de Chile.

Kaztman, R. y Filgueira, F. (2006) “As normas como bem publico e privado: reflexoes nas fronteiras do enfoque ativos, vulnerabilidade e estrutura de oportunidades (AVEO)” en

Jose Marcos Pinto da Cunha (org.) Novas metropolis paulista: populacao, vulnertabilidade e segregacao. Unicamp. Campinas, Brasil.

Kaztman R. y Retamoso A. (2007) Efectos de la segregación urbana sobre la educación en Montevideo Revista de la CEPAL Nº 91. Santiago de Chile.

Kessler, G. (2004) Sociología del delito amateur. Paidós, Buenos Aires, Argentina.

Kitschelt, H; P Lange, G Marks, JD Stephens ,(1999) Continuity and Change in Contemporary Capitalism. Cambridge University Press.

Latinobarómetro (2004) Latinobarómetro 2004:Una década de mediciones. Corporación Latinobarómetro. Santiago de Chile. www.latinobarómetro.org.

Lipset, SM, MA Trow and JS Coleman (1956) Union Democracy. Glentoe: Free Press. New York.

Merton, Robert (1964), "Anomie, Anomia and Social Interaction" en Marshall B. Clinard (ed.). Anomie and Deviant Behavior: a discussion and critique. The Free Press of Glencoe. New York.

O´Donnell, G. (1999), Pobreza y desigualdad en América Latina: algunas reflexiones políticas. www.partidosocialista.com.ar.

Park, R.E. (1926), "The urban community as a spatial pattern and a moral order", en E.W. Burguess y R.E. Park (comps.), The Urban Community, Chicago, University of Chicago Press.

Pierson, P. (2005), History, Institutions and Social Analysis. Princeton University Press. Princeton.

Putnam, R.D. (2000), Bowling Alone: The Collapse and revival of American Community.

Reis, Elisa P. (1995) "Desigualdade e solidaridade: una releitura do familismo amoral de Banfield". Revista Brasileira de Ciencias Sociais. San Pablo, Brasil.

Queiroz Ribeiro, L. C. Junqueira Franco, F.C., Alvez, F. (2007), "O Território na Hernaça das Desigualdades de Oportunidades Educativas: Estudo da Divisão Favela X Bairro sobre as Probabilidades de Repetência na Cidade do Rio de Janeiro" en Kaztman, R. Queiroz Ribeiro L. (eds) Territorio y educación en grandes ciudades latinoamericanas (en prensa).

Roberts, B. y A. Portes (2005), "La Ciudad bajo el Libre Mercado" en Roberts, A. Portes and A.Grimson (eds) Ciudades Latinoamericanas: un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo, Prometeo, Buenos Aires.

Rodríguez Vignoli, J. (2006), Segregación residencial socioeconómica y sus relaciones con la migración intrametropolitana en cuatro aglomerados urbanos de América Latina. Los casos de Ciudad de México, Santiago de Chile, São Paulo y Río de Janeiro en los decenios de 1980 y 1990. CELADE/CEPAL. Santiago de Chile.

Sabatini, F., Cáceres G., y Cerda J. (2002), Residencial Segregation Patterns, Changes in Main Chilean Cities: scale shifs and increasing malignancy. International Seminar on Segregation and the City. Lincoln Institute and land Policy.

Solís, P. (2007), "Efectos del nivel socioeconómico del vecindario en la continuidad escolar entre la secundaria y el bachillerato en México, Distrito Federal" en Kaztman, R. Queiroz Ribeiro L. (eds) Territorio y educación en grandes ciudades latinoamericanas (en prensa).

Sokoloff , K.L. (2003) "La evolución de las instituciones electorales en el Nuevo Mundo: una visión preliminar". Revista Instituciones y desarrollo, Nº 14-15, 10 de diciembre del 2003, p. 335-357, Barcelona, España.

Sorj, B, (2007) Roteiro de trabalho para o prometo Coesão Social em Democracia (Mimeo). Sao Paulo. Thorp, Rosemary (1998) Progreso, pobreza y exclusión: una historia económica de América Latina en el siglo XX. Banco Interamericano de Desarrollo. Washington D.C.

Wilkinson R. G. (2005), The impact of inequality: how to make ill societies healthier. The New Press, New York.

Wilson, W. (1997): When Work Disappears: The World of the New Urban Poor, Nueva York, Vintage Books.

Wood Alan, (2006) Correlating violence and socioeconomic inequality: an empirical analysis. www.omct.org/pdf/ESCR/2006/omct_desc_study.